De todos en el rostro se retrata
El júbilo infinito, que impetuoso
Se desborda sobre ellos á torrentes.
Siempre en himnos su lengua se desata,
Que hace vibrar acento melodioso,
Y siguiendo sus huellas esplendentes,
Sin tregua y sin cesar, tres veces Santo
Aclaman al Cordero en dulce canto.

CANTO III.

INCOMPRENSIBILIDAD DE DIOS.

CUAN INCOMPRENSIBLES SON SUS JUICIOS
E INESCRUTABLES SUS CAMINOS.

Ep. Ab. Rom. II v. 33.

Inmenso, incomprensible
Es el grande Jehová; pues si pudiera
Penetrar en su Esencia y abarcarla
El hombre defectible,
O el querube que habita en la alta esfera,
(Aunque cien veces más puede alcanzarla)
Su vista aguda, su sublime mente
Que vuela libremente;)
Se ofuscara de Dios el brillo todo,
Perdiera su diadema fulgurante.
Siendo infinito, cárcel tan pequeña
No podría aprisionarlo en ningún modo
Sin menguarlo y destruirlo en el instante
De su Deidad robándole la enseña;
Toda creatura en vano
Intentará sondear tan hondo oceano.
Mira ese inmenso cielo
Cuya bóveda tanto se levanta
Sobre la tierra que tan vil se extiende.
[1] El arrogante anhelo

1 Hace aquí mención el padre de la muy conocida fábula de los gigantes, no como una reminiscencia mitológica, ó adorno poético, sino como dando á entender que aun los paganos tuvieron alguna idea de la superioridad de Dios sobre todas las creaturas; y aun creen muchos que dicha fábula es una adulteración de la tradición acerca de la rebeldía y castigo de los malos ángeles, ó de la torre famosa de Babel, monumento del orgullo humano.

De los fieros gigantes se quebranta
Contra esa inmensa altura: y ¿qué no emprende
Su fuerte diestra? arrancan atrevidos
Altos montes erguidos
Escalar intentando la alta esfera;
Mas el rayo los hiere, derribando
Los soberbios torreones que amontonan
(Gigante empresa) y la caterva entera,
Con su choque los montes arrastrando,
Que de triunfo tan árduo ya blasonan:
Hórrida con estruendo
Desplómase del rayo al golpe horrendo.
[1] Podrá el Atos adusto,
O el Erice sombrío, ó el encumbrado
Real Apenino que al zenit se lanza
Impávido y robusto
Con su blanco capuz; ó el escarpado
Olimpo de Tesalia, que ya alcanza
El anchuroso cielo fulgurante;
O el encorvado Atlante
Que la alta esfera en su cerviz sustenta;
Y aun más el Orizaba soberano
Que entre estos todos como rey domina,
Y en lontananza su corona ostenta
De blanca nieve sobre el vasto Oceano
Pasmado al ver su sombra peregrina:
Podrán, dijo, en su altura
A los astros retar en noche oscura.
Mas, ante el Poderoso,
Ante el Grande Señor desaparecen,
Y son cual polvo que á la planta humana,
En el estío ardoroso,
Insensible se adhiere y aun parecen
Con la nada igualarse. Audacia vana,

1 Nombre de los montes más celebrados en la antigüedad por su altura. Entre estos, cita el Autor al *Atos*, monte muy elevado en la Macedonia, su altura es de más de mil metros. El *Erice*, monte en Sicilia, famoso por su antiguo templo de Venus, que se encontraba en su cumbre. *Apeninos*, cordillera muy conocida de Italia. El *Olimpo*, en la antigua Tesalia, que por su altura se le tomó por los poetas como sinónimo del mismo cielo. El *Atlante*, monte en la Mauritania; se le confundió por los poetas con Atlante, uno de los gigantes que intentaron escalar el cielo, y fué condenado por Júpiter á sustentar en sus hombros la bóveda del cielo. El *Orizaba* (pico de) su altura según Humboldt, es de 5,298 metros [según Ferrer, 5,442.] Es más alto el Popocatepetl, cuya altura es de 5,420. Pero el padre hace figurar á aquel como el más alto de México. Será tal vez porque es más enfónico su nombre y se presta más al metro.

Aunque sobre ellos todos encendieras,
Fuera si pretendieras
De este modo escalar su trono santo.
Del cielo aun los inmensos pabellones
Contenerlo no pueden; las radiantes
Murallas de Sión, hermosa tanto,
Sus ebúrneos espléndidos torreones
Y sus fuertes columnas de diamantes
Magníficas construidas
A su voz tiemblan de temor vencidas.
Mas, ¿dónde está la Tierra?
El gran Jehová con rápida morada,
La arrancó palpitante de su asiento;
Todo cuanto ella encierra
En su recinto, en su extensión menguada,
Es gota de rocío que abate el viento,
Y menos que infusorios bullidores
Son sus habitadores.
Mas Él sobre los astros se pasea
En fulgurante carro majestuoso,
Y tras Él corre rebramando el trueno,
Que magnífico al mundo señorea.
Busca la fiera el antro tenebroso,
Y el hombre, de la tierra hasta en el seno
Intentara esconderse,
Y en los negros abismos guarecerse.
La voz del gran Tonante
Escudriñar no puedes; si lo oyeras
De cerca el rayo espléndido vibrando,
El eco resonante
Derribaría las frágiles barreras
De tu debil oído; y deslumbrando
De tu ojo la pupila delicada,
Dejárala ofuscada.
¿Qué no ves cómo el rayo mensajero
Del fuerte Sabaot hiende á millares
Del Líbano los cedros majestuosos
Y los derriba con embate fiero?
Mira cómo los fresnos y encinares
Se desgajan crugiendo fragorosos
Con fuerte sacudida,
Y en astillas se rompen sin medida.
No puede nuestro oído
Su grandeza explorar, ni nuestra vista
En su belleza espléndida fijarse:

Pues Él está escondido
En oceano de luz; y aunque resista
Al ojo del mortal, nunca ocultarse
Podrán ante su vista esos fulgores:
Como los resplandores
Nunca del sol se esconden; y aunque un velo
Envuelva á veces su aurea cabellera,
A través siempre de la nube oscura
Despide sus destellos desde el cielo
Sobre la baja ya impaciente esfera,
Que toda inunda con su lumbre pura;
Y aun su calor percibe
Su suave influjo, el que en tinieblas vive.
Así Dios á la mente
Negársele no puede, cuando atenta
Contempla de los cielos la hermosura
Y el orden sorprendente
Con que todo se mueve y se sustenta.
Y entonces se convence, que es hechura
Ese orden admirable y peregrino
De Artífice divino:
Y así como no hay hombre, cuya altiva
Mirada al áureo Febo resistiera,
Todos en sí absorbiendo esos fulgores
Su pupila tenaz sin que reciba
De su osadía la pena verdadera,
Del día la luz perdiendo, en los horrores
De un hondo cáos obscuro
Así caerá el espíritu inseguro.
[1] Víctima así tú fueras
De tu audacia sin par y orgullo loco
Quedando en negra noche sepultado;
Si á Dios tú pretendieras
En tu mente abarcar, si al grande foco
Quisieras penetrar, do está guardado
El gran libro de arcanos ilegible
Del Dios incomprensible
Que mente humana descifrar no puede,

1 De la incomprensibilidad de Dios en el orden físico, pasa el P. al orden moral, ó sea lo relativo á la Providencia y gobierno de Dios sobre todas las causas segundas, y especialmente el hombre; y así como en lo primero, Dios es tan obvio é inteligible á la razón humana, que se ve precisada á reconocer en El la causa primera de todo lo creado; así también en lo relativo á sus decretos y designios supera inmensamente todos los alcances del entendimiento creado. Se vale para esto de la comparación de la claridad y hermosura del sol.

Ni desatar sus sellos inviolables.
Mas antes en el fango sumergido
De tu sér deleznable, retrocede;
Y de Jehová las huellas venerables
Doquier adora, de temor vencido;
Y así con gran recelo
Evitarás rodar del alto cielo.
¿Quién es el arrogante
Que á Dios á juicio llame, cuando mira
Al impío prosperar; siempre en festines
De mesa exhuberante;
Y al son del arpa y de armoniosa lira
Con júbilo danzar, pues los confines
Del deleite no ve, del goce pleno,
Ni tiene traba ó freno?
¿Mientras el justo gime en hondo luto
Y cadenas arrastra entre prisiones?
¿Quién argüirlo podrá porque tolera
Que de Moisés la cátedra, el astuto
Escriba ocupe; y porque de sus dones
Excluyó á Faraón; y un alma fiera
Su gran Sabiduría,
[1] Un corazón le dió de roca fría?
No quiera tu arrogancia
Preguntarle ¿por qué, cuando clavado
En un madero, pródigo vertía
Su sangre en abundancia,
Para borrar la mancha del pecado,
Para romper el yugo, que oprimía
La miserable humana descendencia;
Quiso Él, con su clemencia,
[2] Tan sólo á uno de ambos criminales,
En medio de los cuales lo enclavaran,
De su luz con un rayo iluminarlo,
Y abrirle del empíreo los umbrales

1 Expresiones figuradas de que usa frecuentemente la misma Sagrada Escritura. Dios endureció el corazón de Faraón negándole aquellas gracias, que en ningún modo estaba obligado á concederle, y de que éste se había hecho indigno, cerrando voluntariamente los ojos á tantos prodigios con que Dios le hablaba á su corazón.

2 De esta expresión que puede resentirse de cierta dureza y rigor á primera vista, se ha de dar una explicación semejante. No faltó en Jesucristo voluntad para salvar al otro compañero de suplicio. Pero esta voluntad no pudo ser eficaz por el estado de obstinación en que este criminal se hallaba, quien con una sola palabra habría obtenido tal vez la misma gracia que el compañero. Atiéndase á las siguientes palabras: "Quien de ella (gracia) fuere *por su culpa* excluido."

Que inflexibles al otro se cerraran,
Sin querer del abismo libertarlo,
Aunque ambos malhechores
Partían con Él sus penas y dolores?
Gracia fué ciertamente:
Si gracia fué ¿pretendes, insensato,
Que se otorgue y comparta de consuno
A todos igualmente,
Si á nadie se le debe, ni el acato
Del Supremo Señor merece alguno?
Quien de ella fuere por su culpa excluido
¿Acaso resentido,
Podrá quejarse de violados fueros
Al Juez Supremo como reo citando?
Mas si quieres que en tí vierta á torrentes
Sus inmensos tesoros verdaderos
Hazle instancia, tus preces elevando,
Y ahuyentarás las ansias inclementes.
Saber esto es bastante:
Más allá no te avances arrogante.
De Dios el trono se halla
De profundas tinieblas circundado:
El entre nubes colocó su asiento.
¿Quién rompe esa muralla?
¿Quién penetrar adentro será osado?
¿Y al Hacedor del ancho firmamento,
Podrá argüir una torpe inteligencia?
Tachar su inmensa ciencia;
Como si el buho tildara al sol ardiente
Cual severo censor ¿Quién en sus manos
Colocó de la luz los reverberos,
Que visten todo el Orbe ricamente?
¿Quién jamás sus hondísimos arcanos
Conoció por los dados ó agoreros?
¿Por quién fué dirigido
Y en sus grandes hechuras precedido?
[1] ¿Acaso el tosco lodo
Podría altercar ó promover cuestiones
Con el sabio alfarero, pretendiendo

1 Este texto de San Pablo (ep. ad Rom. c. q. v. 20) se refiere á la multiforme distribución que Dios hace de sus gracias, según los distintos fines á que designa á sus criaturas. Pues aunque todos hemos sido creados para su gloria; sin embargo, como dice el mismo Jesu-Cristo: *en la casa de mi Padre hay muchas moradas*, ó sea muy distintos grados de gloria, para los cuales es proporcionado el conjunto de gracias que Dios concede. Y así como el alfarero hace todos sus artefactos para los distintos fines á que los destina

De su artificio todo,
Preguntarle insolente las razones,
Sus hechuras sin tino reprendiendo?
Diciéndole: ¿por qué con mano dura
Me das tan vil figura?
¿No es árbitro absoluto de esa masa,
Que podrá él animar, con gracia y arte,
O despreciarla, su cincel guardando?
Siempre su arbitrio seguirá sin tasa;
Por eso en unos vasos él comparte
Bálsamo ó licor suave; otros dejando
Aridos y vacíos,
Escondidos en ángulos sombríos.
Mas nosotros mortales,
En su amor paternal descansaremos,
Al olvido entregando nuestras penas.
El con ojos iguales,
Aun lo más vil y mísero que vemos,
Contempla con amor, sus puertas llenas
De bienes, nunca cierra á sus criaturas,
Que de sus manos puras
Hechura son. Sus dones á torrentes,
La luz del sol y su calor benigno
Y su lluvia fecunda, bondadoso,
Pródigo manda de sus puras fuentes,
Aun al mortal de su favor indigno:
Y apenas nuestro pecho, un doloroso
Gemido al cielo lanza,
Entre el llanto buscando su esperanza:
Él, cual zéfiro suave
Viene, cual blanda brisa; los gemidos
Calma, y enjuga el abundoso llanto,
Vertido en pena grave.
Nosotros en el mal adormecidos,
Lo invocamos tardíos en tal quebranto.
Mas en alas de rápidas centellas
Baja de las estrellas
A consolarnos fiel. Por El fué hecho
De barro el mortal mísero; y no ignora
Cuán caduco es el hombre, cuán mezquino.

sin que por esto pueda decirse que hace alguno para romperlo después; así también en el orden de la justificación y glorificación, aunque haya una gran diversidad de gracias; que depende únicamente de la voluntad de Dios,) no por eso se podrá inferir que Dios cría á alguno para reprobarlo, entendiéndose literalmente la comparación de los vasos de honor, y vasos de desprecio.

Sabe que el mal hereda nuestro pecho
De envenenada fuente; que una hora
No goza de quietud; y que el destino
De su mortal carrera
Lo estorba de enemigos hueste fiera.
La humana rebeldía
Él también vence; con instancias vivas
Nos llama hacia su pecho; y extendiendo
Los brazos, á porfía
Muy dulce su voz suena; compasivas
Miradas nos dirige: al fin sonriendo
Derroca nuestro pecho diamantino
Con su poder divino;
Y si repulsas en su amable empeño
Recibe del mortal, su pecho amante
No por eso nos cierra, la ternura
Brota aun de su boca: y aunque dueño
De su morada espléndida y radiante
A todos los mortales con premura
Convoca y los convida
Al límpido raudal de Eterna Vida.
No temas que á la horrenda
Noche de averno (como erró Calvino)[1]
Por un capricho de ánimos ardientes
Te arroje, aunque no ofenda
Nada su vista en tí; que por destino
Fatal te lanze á do el crujir de dientes,
Y el eco del dolor por siempre atruena;
Donde guarida obscena
Las viperinas furias insaciables
Por siempre colocaron. Mas su boca
El dragón infernal tan solo ansía
Ensanchar entre llamas implacables
Para el que temerario lo provoca.
Tú abriga un temor santo, desconfía;
Trabaja, cauto, atento
En un negocio de tan gran momento.
Lucha con gran firmeza
Para ganar los Reinos inmortales.
Ese temor contínuo, receloso,
Vigor y fortaleza
Dará á tu pié para que no resbales.
Mas las insidias huye cauteloso,

1 Los errores de este heresiarca, vienen expresados más detalladamente en el penúltimo canto de la segunda parte.

Que, cerrando á esperar todo camino,
Te tiende el cruel Calvino.
Amable es Dios y en su bondad constante
Y de escarnios á costa y de baldones,
Amarguísimo caliz apurando,
Derrocó, de la muerte ya triunfante,
Las infernales lóbregas prisiones.
Más grande hé aquí el amor: tú cotejando
De amor estos portentos
Ahuyentarás temores tan violentos.

CANTO IV.

ETERNIDAD DE DIOS.

EN QUIEN NO CABE MUDANZA, NI SOMBRA DE VARIACION.

(Jac. 1. 3. 17)

¡Oh! qué inconstante es la plateada luna,
Que rueda en esa bóveda espaciosa;
No viste forma ni belleza alguna,
Que no cambie y deseche caprichosa.
Émula ya de Febo, resplandece
Llena su faz de luz, llenos sus ojos:
Ya medio rostro enluta y ennegrece,
De su brillo entre pálidos despojos:
Ya, con agudos cuernos se atavía;
Ya con obtusos; y por fin hundióse
Entre las sombras de la noche fría,
Y aun débil huella en el zenít borróse
Esta grande inconstancia á los mortales
Agita siempre; ya del cielo alcanzan
La cumbre, cuando fuertes vendabales
Al hondo abismo súbito los lanzan.
Pues todo cuanto existe de lo creado
Fluctúa en el mundo como débil paja.
El sol cuan presto nace, sepultado
Lo oprime un monte, fúnebre mortaja
Encubre de su rastro los fulgores,
Que con las sombras riñen incesantes;
Y aun ofuscan su disco los hervores

[1] De tenebrosos vértices humeantes.
Inconstante es también su raudo vuelo;
Inconstantes sus giros: ya en Boote [2]
De sus caballos el fogoso anhelo
Siente, ó el austro su flamante azote
Ya retrasa su carro rubicundo;
[3] Ya adelante lo impele presuroso:
Y así en la tierra y en el mar profundo
Todo se cambia y muda caprichoso.
Pues de la nada y de la noche obscura,
En que un tiempo yaciera el mundo entero,
Algún vestigio, alguna huella dura
Firme recuerdo de aquel cáos primero.
Mas tan sólo Jehová jamás se altera,
Ni por Él pasa el tiempo turbulento:
Será Él siempre lo que es, y lo que era
Inconcuso y firmísimo en su asiento.
No asomaban un tiempo de la nada
Los seres su cabeza; y en el cielo
Ni la luna ni el sol aun marcaba
El fugaz tiempo con su raudo vuelo.
Ni Mercurio, ni Jove, ni el ardiente
Marte rodaban por el aire puro
Sus gigantescas moles, ni el rugiente
Mar se rompía contra su fuerte muro.
Ni al valle amenazaban, ni al tendido
Prado los montes con su frente añosa,
Mas Jehová ya era entonces lo que ha sido,
Y lo que es hoy; pues de un ser mismo goza.
Vendrá tiempo en que el sol en negro manto
Para siempre se envuelva y desde el cielo
Rueden los astros con terrible espanto,
Y en un espeso capúz, fúnebre velo,
En negra sangre pútrida empapado,
Cubra la luna; y todo en el instante
El mundo se desplome desquiciado,
Y se reduzca á un átomo flotante.
Mas Jehová será siempre lo que ha sido,

1 Llámase así en astronomía ciertas manchas ó cavidades que contiene la superficie del sol, en que la materia ignea de este, toma cierto movimiento rotatorio á guisa de espiral, quedando siempre unas partes oscuras, que semejan manchas.

2 *Bootes.* Constelación boreal, inmediata á la Osa Mayor; se le llama también el *cochero* ó *boyero.*

3 Se indica aquí la desigualdad de las noches y los días, según las distintas latitudes en el cambio de estaciones.

Y lo que es hoy; como el Olimpo airoso
Que contempla el follaje desprendido
Sin fin revolotear vertiginoso,
Mientras él con su frente coronada
Por blanca nube, á la estrellada esfera
Se alza sobre su mole agigantada
Con arrogancia y majestad austera.
Jehová sentir no puede la pujanza
Del fugitivo tiempo inexorable,
Que á encerrarlo entre su órbita no alcanza,
Como al hombre mezquino y deleznable.
Y los siglos inmensos aparecen
A su vista como átomos perdidos,
Aunque éllos para el hombre se adormecen,
Y por tarda tortuga son vencidos.
[1] Así al rey Ciro, que yacer debiera
Por dos siglos aún en la honda nada,
Cual si presente su mandato oyera
Le hace escuchar su voz agigantada.
Y á Nabuco orgulloso, que el diadema
Entonces sostenía sobre su frente;
De estatua colosal bajo el emblema,
Le revela un arcano soprendente.
En aquel gran coloso, derribado
Al golpe de un guijarro pequeñuelo;
Estaba el porvenir simbolizado
De los reinos más grandes de este suelo.
Y cual si ensueño de una noche fuera,
Todo el Rey mira en cuadro minucioso;
Aunque quinientos años estuviera
Suspenso el cumplimiento portentoso.
Ante Él, mil años son cual parda nube
Que pasa y se deshace; como el día
Que ya perdióse, y cual vapor, que sube
A disputar al cielo su alegría.
Cual sombra fugitiva es la presencia,
Del mísero mortal, cuando aparece
Sobre la tierra; un punto es su existencia,
Y en un punto también se desvanece.

1 *Ciro* el mayor, fundador del imperio de los Persas (n. 599 años antes de Jesu-Cristo). Venció innumerables pueblos, entre ellos á los Judíos, quienes fueron llevados cautivos á Babilonia; mas después les permitió regresar á Jerusalén y reedificar su templo. El profeta Isaías se refiere á esto en aquellas palabras de Dios *yo que digo á Ciro, tú eres mi pastor, y cumplirás todos mis mandatos*. (Is. 44 v. últ.) La profecía fué escrita cerca de dos siglos antes de Ciro.

Muchos de larga vida disfrutaron,
Y ¿dónde están? un mármol los encierra:
¡Pasó su sombra! ¡cuántos dominaron
Orgullosos monarcas á la tierra!
Y sus hechos gloriosos yacen ahora
Del olvido en el polvo sumergidos;
Y aun la fama enmudece, porque ignora
Esos nombres y timbres ya perdidos.
Ni solamente el hombre; juntamente
Los reinos y ciudades, el embate
Sienten del tiempo indómito inclemente,
Que todo al golpe de su brazo abate.
Así Cartago, que otro tiempo, al rayo
De su valor, al Capitolio altivo
Hizo temblar y en lánguido desmayo
Roma cambiar su gran valor nativo.
Esa misma Cartago, que orgullosa
Insultó desde el Anio[1] á la gran Roma;
Es ya nada; una playa silenciosa
Que en pocas partes el arado doma
Quedó de la Ciudad de las victorias:
Y aun se afana la historia, escudriñando
El sitio, que encerraba tantas glorias,
Sus huellas, las más débiles rastreando.
¿Dónde estás Tiro, y tú Sidón, que un día
Eras reina del mar; y tú, altanera
Babilonia á quien todo obedecía,
Tú, que asombrabas á la tierra entera?
¡Oh Babilonia, Babilonia altiva!
De tu gloria quedó débil murmullo:
¡Muéstrame tu opulencia, que excesiva
Nutrías con tanto empeño y tanto orgullo!
¡Muéstrame tus pensiles ondulantes,
Tus soberbias murallas y torreones,
Que tocaban los astros centelleantes,
Maravilla sin par de las naciones!
Todo desapareció: se ha desgranado
Aun el montón de escombros, que guarida
Daba al chacal, y apenas se ha salvado
De sus ruinas, la fama no extinguida.

1 Anibal, General de los Cartagineses, después de haber destrozado el ejército Romano en la famosa batalla de Cannas; marchó sobre Roma, pasó el Anio, ó Anienè, afluente del Tiber, cerca de la misma ciudad, y acampó en el monte hoy llamado *Monte bavi* á distancia de cinco leguas de la Ciudad misma.

Nada en la tierra al ímpetu resiste
Del tiempo; que aun las peñas de los montes
Tenaz acosa y con su choque embiste,
Y cuanto hay en los vastos horizontes.
A los reinos, imperios y ciudades,
Amaga la cruel muerte; cual centellas,
Del relámpago en alas, las edades
Rápidas pasan y ni dejan huellas.
Todo corre veloz y se desvía,
Como las ondas del bramante río,
Que chocando se empujan á porfía
Para lanzarse al piélago bravío.
Sólo un Ser inmortal, firme, inmutable
Hay sin igual; que siempre ha preexistido
Sin cambio alguno, al tiempo deleznable,
Y será siempre lo que siempre ha sido.
Por Él no pasa forma ni mudanza;
El futuro, el pasado y el presente
Todo se extiende ante Él, todo lo alcanza,
Igual siempre á Sí mismo enteramente.
Todo es ante su vista como un punto,
Que abarca su mirada en un momento;
Sin sucesión, sin tiempo, todo junto,
Sin moverse su mente de su asiento.
Nada hay caduco en Él, nada mudable;
Desde *ab æterno* Él ama ó aborrece
Con un acto firmísimo, invariable,
Que jamás en su pecho languidece.
No vacila jamás su inteligencia;
Cual la mente del hombre que se agita
Entre inciertos vaivenes con violencia:
Ni su ánima jamás se debilita.
En contrarios partidos fraccionado
Siendo uno su Querer, una su Mente,
Tan sólo el Gran Señor de lo crëado
Es inmutable y firme eternamente.
Dios por cierto es Aquel, que de éste modo
Principio en su existir nunca ha tenido;
Y abarcar puede y estrecharlo todo,
De su mente jamás sin ser movido.

CANTO V

PRESENCIA DE DIOS

¿QUIEN NOS SEPARA?

Ad. Rom. 8, v. 13.

¿Dónde Jehová Supremo,
Dónde tu inmensa majestad no se halla?
Del uno al otro extremo
El Universo entero por doquiera
Llena tu gran poder. En fulgurante
Trono, sentado sobre la alta esfera,
Al mundo palpitante,
Cual escabel oprimes con tus plantas,
Y en todo veo tus huellas sacrosantas.
Aunque nada á tu inmensa Omnipotencia
Negarse jamás pueda, no pudieras
Privarnos ¡oh gran Dios! de tu presencia,
Y nunca en tu bondad lo pretendieras
Aunque esto fuera dable;
Pues en el hombre tienes tus delicias
Según escucho de tu boca amable,
¡Cuán grandes de tu amor son las caricias!
Al que te ama, oh Señor, cuando abundoso
Sus mejillas empapa amargo llanto,
Tú, luego presuroso
Preparas el consuelo en su quebranto,
Ni de los sordos vientos, sus gemidos
Presa son ó sus ayes doloridos.
Tú mismo bajas de tu excelso trono,
Y en el humano pecho penetrando
Las lágrimas copiosas, una á una,
Vas del mortal contando
Sin que alguna se pierda y en tu seno
Las guardas amoroso; y al instante
Vuelve la paz; ya límpido y sereno
Se muestra el cielo al angustiado amante.
Y aun antes que erizado
El corazón por las espinas sienta,